Izkor (5782-2021)

La muerte de Rabí Iehuda HaNasi

En memoria de Baruj Plavnick (Z"L)

Si están aquí, conmigo, en este momento de Izkor es porque tienen a alguien que recordar. A alguien por quien llorar. Si estamos aquí juntos hoy es porque alguien muy querido ha partido de este mundo pero su memoria sigue intacta en nuestros corazones. Cuando era chico en la sinagoga de Pardes mi rabino, Baruj, nos pedía a todos quienes aún teníamos la dicha de tener a nuestros padres con vida que salgamos hasta que termine Izkor. Así lo hice durante años. Gracias a D-s mi papá y mi mamá están con vida (¡que D-s les de vida hasta los 120!) por lo cual nunca tuve que recitar el Izkor. Y sin embargo desde, creo, los 20 años siempre me tocó estar aquí, acompañando a las diversas comunidades donde dirigí las plegarias de Yom Kippur como rabino. Siendo testigo pero no parte, conduciendo Izkor pero no involucrándome. Este año es diferente. Hoy les hablo en primera persona.

La primera muerte cercana que transité fue a los 4 años cuando murió el Ieie, mi abuelo materno. Casi no recuerdo nada de él ni de su muerte, salvo que mi mamá me contaba que cuando estaba ya convaleciente en su cama disfrutaba que le rasque los dedos del pie. Mi segundo contacto cercano con la muerte fue mi abuela paterna, Cuca, hace ya 6 años. Estaba en Israel. Lloré al escuchar la noticia, luego salí a caminar con Lei por Jerusalén. Ese fue mi duelo. Hace ya 2 años y medio me tocó transitar la muerte más dolorosa hasta ese momento en mi vida, perdí a la Iaia, mi abuela materna. La amaba y ella me amaba.

Pero ahí estaba él. Ahí estaba Baruj, mi rabino, quien casó a mis papás, quien estuvo en mi Brit Milá, quien acompañó en la enfermedad a mi abuelo interrumpiendo su año sabático en Israel visitándolo en el hospital cuando el cáncer apareció de repente cuando mis abuelos estaban cumpliendo su sueño de visitar Israel por primera vez. Quien me preparó para mi Bar Mitzvá, quien estuvo conmigo en cada Majané, la razón por la cual decidí ser rabino. Ahí estaba él, Baruj, quien me casó y quien meses después me ordenó como rabino. Quien le puso el nombre en hebreo a mi hija Libbi (Malka, como la Iaia) aquí en Judaica Norte. Ahí estaba Baruj conmigo, los dos solos, en la habitación de la Iaia ya sin vida cuando vinieron los camilleros a llevarse su

cuerpo. Ahí estaba Baruj conmigo leyendo Salmos, abrazándome y soltando también él alguna lagrima por la Iaia. Y ahí estuvo Baruj conduciendo su entierro y cada día de su Shivá. Siempre estuvo ahí.

Pero este año ya no está. Baruj murió. Y cada vez que lo digo vuelvo a llorar. Nunca un duelo, una muerte, me impactó tanto como la muerte de mi rabino, de Baruj. El COVID se llevó precipitadamente la vida de mucha gente que amamos. El COVID se llevó también a mi rabino. Y hoy haré el Izkor también por él. ¿Por qué? Porque lo siento y porque nuestra tradición equipara la muerte de tu maestro, del cual aprendiste la mayoría de tu sabiduría, con la muerte de un pariente cercano. Ante la perdida de un maestro también hacemos la Keriá (rasgadura de las vestimentas), también nos sentamos Shiva, también hacemos Izkor.

La muerte de Baruj me movió todo. Hasta hoy apenas digo su nombre lloro. ¿Cómo hacer duelo por la muerte de tu maestro? ¿Cómo consolarte ante la muerte de quien te consoló toda la vida? ¿Cómo dejar de llorar frente a quien te secaba las lágrimas? No tengo ninguna respuesta. Solo lágrimas y dolor. Y mucho de ambas.

Querida comunidad, quiero que sepan, en esta suerte de confesión, que si yo pude en algún momento reconfortarlos ante la muerte de un ser querido eso ustedes se lo deben a Baruj. Si tuve la dicha de encontrar alguna palabra acertada para consolarlos durante un entierro eso se lo deben a Baruj. Si supe hacerme presente y decir *Hineni* (heme aquí) cunado lo necesitaban eso se lo deben a Baruj. Baruj es quien me enseñó, aún sin quererlo, a ser el rabino que soy hoy.

Hoy el Izkor me toca transitarlo en primera persona. Hoy, cuando todos ustedes están recordando a sus seres queridos, yo no puedo dejar de pensar ni hablar de Baruj. Quisiera, con vuestro permiso, tratar de compartir con ustedes unas palabras y enseñanzas de Torá del que fuera mi Hesped (panegírico) en el primer día de su Shivá. Quisiera hoy hablarles de la muerte de otro maestro, de uno de los grandes Sabios de la antigüedad, de Rabí Iehuda HaNasí. Así nos relata el Talmud el momento de su muerte:

En el día de la muerte de Rabí Yehuda HaNasi, los rabinos decretaron un día de Ayuno y pidieron misericordia al Cielo. Y dijeron: "Toda aquella persona que dice que Rabí ha muerto, será muerto por la espada".

La sirvienta de Rabí ascendió al techo y dijo: "Los de arriba (ángeles) desean a Rabí, y los de abajo (humanos) desean a Rabí. Sea Tu voluntad que los mortales dobleguen a los inmortales." Cuando ella vio cuantas veces Rabí iba al baño y se ponía y se sacaba los Tefilín con mucho dolor dijo: "Sea la voluntad de Dios que los inmortales dobleguen a los mortales". Los sabios no se callaban y no paraban de rezar. Ella entonces agarró una jarra y la arrojó al suelo; y la gente dejó de rezar. Y así Rabí murió (b. Ketuvot 104a)

Este relato siempre me conmovió. Rabí ya estaba convaleciente. Sin embargo sus alumnos no podían aceptar que la muerte de su maestro era inminente (como nosotros no podemos aceptar en nuestros corazones lo que nuestras mentes saben al escuchar los partes médicos). Los estudiantes de Rabí creían y esperaban un milagro (como nosotros creemos hasta el último instante). Intensifican su plegaria ayunando para mantener con vida a su maestro como si fueran el respirador que aún le da esperanzas. Y ahí esta ella, la criada, la gran protagonista de este relato. Ella es la que comprende que Rabí esta siendo tironeado por el Cielo y la tierra. Los ángeles se lo quieren llevar para disfrutarlo ellos pero no termina de morir porque del otro lado de la cuerda sus alumnos siguen rezando, ya que ellos, como nosotros ante la posibilidad de perder a un ser querido siempre lo querríamos tener un poco más de tiempo para seguir disfrutándolo. La sirvienta al comienzo pide porque sean los rezos de los terrestres quienes ganen la batalla. Sin embargo la sirvienta luego de un tiempo al ver los intensos dolores que sufría Rabí cambia. Hace un cambio que con dolor en el alma muchos también hacemos. Ahora pide porque los ángeles le ganen la pulseada a los estudiantes. Pide porque su amo muera ya que entiende que ese sufrimiento, esa tensión, ya no es vida. Sin embargo los alumnos no se callaban, no paraban de rezar, eran como aquel respirador que artificialmente mantenía con oxigeno a un cuerpo que ya no tenía vida por sí solo por lo cual toma una osada decisión, rompe una vasija y eso genera un desconcierto por unos segundos y los alumnos se callan. Y en ese instante, en ese silencio que el mundo se detuvo, el alma de Rabí pudo ascender a los Cielos.

¡Que fuerza la de la criada! ¡Qué imagen la de la sirvienta! **Se necesita mucha más fuerza en nuestros corazones para dejar ir que para retener. La muerte siempre llega temprana.** Siempre quisiéramos tener a nuestros seres queridos un poco más. Unos meses más. Unos años más. Y sin embargo muchos tras ver a nuestros seres queridos por semanas, meses o años, debatiéndose entre la vida y la muerte, dejando de disfrutar la vida para solo esperar el momento de la muerte, es que comprendemos el amor de aquella sirvienta, la anulación de

nuestro egoísmo natural de querer a nuestro ser querido con nosotros unas horas más, unos días más, unas semanas más, y entonces poder soltar. Poder dejar ir. Poder liberar para que su alma se conecte con la fuente de todas las almas en los Cielos.

Rabí Iehuda HaNasi, nos cuenta el Talmud, cuando estaba a punto de morir (unas horas antes de la escena que acabamos de leer) nos cuenta le pide a su criada que llamé a sus hijos. Sus hijos entran a su habitación y él les dice: ***"Sean cuidadosos con el honor a su madre. Que mi lámpara siempre esté encendida en el lugar de siempre, que mi mesa siempre este servida en el lugar de siempre y que mi cama este arreglada en el lugar de siempre"*** (b. Ketuvot 103a).

Este fue la última voluntad de Rabí. ¿Por qué pide eso? **Porque cada víspera del Shabbat él volvería al hogar. Rabí Iehuda HaNasi y cada uno de nuestros seres queridos vuelven a nuestro hogar cada Shabbat. Al recibir a los ángeles, al cantar Shalom Aleijem, en la víspera de cada Shabbat también volvemos a recibir en nuestro hogar a nuestros seres queridos que tantas veces compartieron aquella mesa o aquella cama con nosotros.** Ahí vuelven para pasar con nosotros unas horas para volver a irse. Y para cuando decidan volver, Rabí Iehuda HaNasi, y nuestros muertos desearán que todo este allí como antes, que la vida de sus seres queridos continúe y es por eso que les dice:

- **Que sigamos respetando a nuestras madres.** *"Torat Imejá"* (la enseñanza de tu madre) es símbolo en el judaísmo de la tradición heredada, de las costumbres familiares y del pueblo de judío (ver. Prov 1:8, b. Brajot 35b, b. Pesajim 50a). Allí están nuestros seres queridos que al partir nos piden que no olvidemos quienes somos, nuestra "lengua materna", los sabores de la niñez, los cuentos de la infancia, la madre patria. **Que sigamos manteniendo vivos la llama de nuestra tradición y de nuestra familia.**
- **Que la lámpara siempre este encendida:** Que la luz de enseñanzas, el faro de moral, la presencia física de quien se fue que no se apague. **Que su luz siga preservándose en nuestro hogar y que continué iluminando a las generaciones por venir.**
- **Que la mesa siempre este servida: Que la familia se siga juntando alrededor de la mesa como lo hacía cuando él/ella estaba con vida, que sigan las celebraciones, que sigan las comidas, que su lugar no quede vacío, que su silla**

no quede vacía, que sea llenada con nuevos invitados para continuar su legado y la vida.

- **Que la cama siempre este arreglada:** Que en el momento de la noche, momento de soledad y de incertidumbre, nos sigamos sintiendo acompañados, **que sintamos su presencia también en la oscuridad de la noche como aquel abrazo que recibimos de nuestros padres en la cama cuando éramos niños o de nuestras parejas antes de dormir.**

Luego de despedir a sus hijos y dejarles su última voluntad, **llegaron los estudiantes a la casa del maestro**, ya que en esta vida no solo dejamos hijos físicamente sino que todos se convierten en nuestros estudiantes cuando tocamos su alma y así Rabí Iehuda Hanasi lo había hecho. **Sus alumnos lo vieron llorar y le preguntaron por qué lloraba ya que es un buen signo morir con una sonrisa y no con lágrimas.** Rabí le contestó que lloraba por toda la Torá y todas las Mitzvot que no iba a poder continuar enseñando ni realizando (b. Ketuvot 103b). **Ellos lloran y nosotros lloramos. Quienes parten de este mundo lloran por no poder seguir trascendiendo en sus actos y nosotros lloramos porque ya no podremos seguir aprendiendo de ellos. Por eso nuestra tradición nos enseña que tras la muerte de un ser querido realizamos Mitzvot y estudiamos Torá en su nombre (LeIlui Nishmat), ya que ellos no lo pueden hacer más pero nosotros sí; y entonces nuestras acciones en su nombre les dan el mérito. La muerte de todo ser querido nos sacude y nos permite tomar más conciencia de nuestro presente y de nuestra vida. La muerte de un ser querido debe también convertirse en una reafirmación en la vida, en nuestra vida y en nuestra propia trascendencia.**

Se cuenta, sin embargo, que Rabí Iehuda HaNasi no solo se fue de este mundo llorando sino que también en su madurez de la vida también lloró al ver quizás la injusticia que puede reinar en este mundo en ciertas oportunidades. **Se cuenta que en dos oportunidades Rabí Iehuda HaNasi escuchó que un malvado se arrepentía un instante antes de morir y D-s le concedía a él también el mundo venidero. Al escucharlo Rabí lloró y dijo: *"Hay quienes ganan el mundo en un instante y hay quienes lo adquieren solamente luego de muchos años"* (b. Avodá Zará 17b y 18a). Rabí ya en su juventud reflexionó sobre lo injusto que puede ser la muerte muchas veces.** Hay malvados que viven muchos años, justos que viven poco,

malvados que viven con plenitud hasta el último minuto de sus vidas, justos y sabios que sufren durante años dolor y agonía (se cuenta que incluso el propio Rabí sufrió durante 13 años dolores intestinales antes de morir, ver. b Baba Metzia 85a). Hombres y mujeres que obran el bien y actúan con justicia durante toda la vida y obtienen el ansiado mundo venidero luego de mucho esfuerzo y otros hombres y mujeres errantes, no del todo rectos y hasta pecadores, que poco antes de morir se arrepienten de sus transgresiones, hacen una Teshuvá sincera, y Hashem les concede el mismo mundo venidero. **La muerte es injusta. Sí, lo es. Sin embargo lo más maravilloso de Rabí, y de su legado, es que aunque se percata de que puede pecar toda la vida y arrepentirse justo antes de morir y obtener el mundo venidero decide durante toda su vida vivir con rectitud, ser un líder en su comunidad, liderar con el ejemplo, estudiar Torá y cumplir los mandamientos ya que él comprendió que si bien el resultado de la muerte puede ser igual para todos, vivir una vida con dignidad, ser recordado como una persona de bien vale mucho y vale la pena. Que el recuerdo luego de un tiempo no será tanto como morimos sino como vivimos.**

Así vivió y murió Rabí Iehuda HaNasi hace más de 1700 años. Así vivió y murió mi maestro Baruj Plavnick hace unos meses. Y así seguramente hayan fallecido también muchos de sus seres queridos que hoy recuerdan. Seguramente su vida se debatió por un tiempo entre la vida y la muerte, con los ángeles en el Cielo deseando que asciendan para poder ellos disfrutar de su presencia, y con ustedes, sus seres queridos, pidiendo aquí en la tierra porque se quede un poco más con nosotros para seguir disfrutándolo**. Si estamos aquí es que los ángeles nos ganaron esta batalla.** Y aquí estamos hoy sumidos en el dolor y en el vacío de su ausencia. Y sin embargo como Rabí Iehuda HaNasi la presencia de nuestros seres amados, de nuestros maestros, que se fueron de este mundo nos siguen visitando y no queremos que nunca dejen de hacerlo. **Nos visitan cada Shabbat.** Cuando le damos la bienvenida a los ángeles cantando el Shalom Aleijem tengamos la seguridad que nuestros seres queridos que ya físicamente no están con nosotros también se dan una vuelta para saber como estamos, como seguimos, porque ellos también nos extrañan. Y allí debemos estar nosotros, como ellos nos pidieron, "respetando a nuestras madres", siguiendo honrando nuestra tradición, su legado, sus enseñanzas, su ética. Con la luz del hogar y de la memoria siempre encendida, con una mesa servida celebrando en familia y con una cama un poco más vacía pero tendida donde vuelven a abrazarnos una vez más y a darnos ese beso de las buenas noches que tanto extrañamos, aunque más no sea en los sueños.

Antes de concluir, quisiera volver a un pasaje del relato con el cual abrimos. Si recuerdan los alumnos de Rabí Iehuda HaNasi dicen el día de su muerte que "*todo aquel que diga que Rabí ha muerto será muerto por la espada"*. ¿Por qué dicen esto? ¿Qué quieren decir? Según el Ben Yohiadá esto se refiere a lo que dice el Talmud sobre que ***"los sabios no tienen descanso en este mundo ni tampoco en el mundo venidero"*** (b. Moed Katan 29a**). ¿Pensamos que nuestros seres queridos que murieron ya están descansando y que no podrán seguir enseñándonos? ¡Nos equivocamos nos dice el Talmud! Los verdaderos sabios, los verdaderos justos, no descansan incluso al morir y nos siguen enseñando.** Y así lo sigue haciendo Baruj, mi maestro. Incluso al morir su alma no descanso y hasta el último instante nos guio con el ejemplo y murió en su ley. Baruj para quien no sepa ofreció su comunicad como un vacunatorio. Tenía 69 años. Todavía por los plazos legales no era el turno para que se vacune sin embargo, estando allí cada día, se le presentó en más de una oportunidad la posibilidad de vacunarse. Él dijo que no. Él dijo que se vacunaría cuando su turno llegue por derecha. Su turno llegó demasiado tarde. Y murió. Murió como vivió firme en sus creencias, firme en sus palabras, firme en su moral. **A los rabinos nos enseñan a predicar pero Baruj nos enseñó a vivir e incluso a morir por lo que predicamos. Baruj era un profeta que gritaba lo que pensaba sin medir las consecuencias, sus palabras eran como la del Shofar, como la de un martillo que destroza la piedra. Los profetas siempre fueron un poco molestos, quejosos, agresivos, vociferantes. Como profeta no podía callar, cuando sentía que algo era una injusticia no podía no gritar.**

Tras la muerte de Baruj entendí porque se enojaba seguido. Porque el mundo y todos nosotros no podíamos vivir con la altura moral que él vivió y predicó. Él tuvo todas las posibilidades de vacunarse y no lo hizo ¿Quién en su posición puede decir que no se hubiera vacunado? Yo no. Quizás si se hubiera vacunado otra sería la historia, y hoy no estaría contándoles quien fue Baruj, pero ya no sería Baruj.

Que este Izkor no solo recordemos en nuestros corazones a nuestros seres queridos que ya no están sino más bien que podamos recordarlos en nuestras acciones. Que sus muertes no sean solo tragedias en nuestras vidas sino momentos catalizadores para

revisarnos a nosotros mismos, repensarnos y tomar de ellos sus mejores cualidades y llevarlas a la práctica en nuestras propias vidas. Que recuerdo se traduzcan en las obras de nuestras manos.

Como decían los estudiantes de Rabí Iehuda HaNasí: *"todo el que día que ha muerto, será muerto"* ya que como dice el Talmud con respecto a nuestro patriarca Yaakov sobre quien se decía que no había muerto: *"todo el tiempo que su simiente este con vida él también estará con vida"* (b. Taanit 5b*) .* Si nosotros seguimos aquí ellos también seguirán estando. Si nosotros continuamos su tarea inconclusa ellos seguirán viviendo eternamente.

Ieh Zijram Baruj – Sea el recuerdo de cada uno de nuestros seres queridos fuente eterna de bendición.